

A fin de ponderar la antigüedad de su abolengo, decía un caballero:

—Mi familia descende de los tiempos bíblicos.

—Figúrense Vds.—interrumpió uno de los que le escuchaban—que uno de los abuelos de este caballero se enriqueció vendiendo paraguas cuando el diluvio.?



—Pero muchacho, ¿crees que tengo el pañuelo en una oreja?

—¿Has oido la cancion de *La bata* en el teatro de Lara?

—No; pero se la estoy oyendo continuamente á mi mujer, que pretende que le compre una de batista que ha visto en la calle del Cármen.

—*La Enciclopedia* fué fatal á Luis XVI.

—Pues mira, á mí me ha sacado de un apuro, pues el otro dia vendí la obra para pagar á mi zapatero, que no me dejaba en paz.

Empezóse á construir una casa con arreglo á los planos del arquitecto; pero á última hora echaron de ver que se le habia olvidado la escalera.

Corrió el propietario á su casa, y supo con asombro que estaba agonizando á consecuencia de haber rodado una aquella misma mañana, lo que le hizo exclamar:

—Ahora comprendo el por qué este hombre tenia horror á las escaleras.

Múcio Scévola fué el hombre más distraido de la tierra; figuraos que se dejó abrasar una mano sin advertirlo.

Tambien Alfonso VI, el conquistador de Madrid, dió pruebas de una gran distraccion en los jardines del palacio del rey moro de Toledo, Almanum; le echaron plomo derretido en una mano, y no dijo ni siquiera: esta mano es mia.

Hay distracciones célebres: como la de aquel in-

individuo que acostumbraba á fumar ántes de acostarse, tiraba el cigarro por la ventana y luégo se metia en el lecho. Una noche se distrajo hasta el punto de acostar el cigarro y arrojarle él á la calle.

En Palencia hubo una señora tan sumamente distraida, que en cierta ocasion, retirándose de misa, llamó en su casa preguntando á la criada:

—¿Está tu ama?

Otra vez, yendo á devolver una visita de etiqueta, se introdujo en otra casa donde habia un cadáver de cuerpo presente, á quien saludó con la mayor ceremonia, diciéndole:

—Celebro ver á Vd. bueno.

Pero la distraccion más saliente de todas es la de aquel individuo que volviendo de caza vió á su suegra en el balcon y la pegó un tiro, tomándola por un jabalí. Y no paró en esto, sino que se empeñó en que la criada le sirviese algunos trozos de carne para cenar aquella noche.

Tambien es notable la distraccion de aquel individuo que, encontrándose á su mujer en la calle acompañada de un amante, la saludó al pasar guiñándola el ojo y diciéndola:

—Expresiones al mansísimo cordero.

Habia en Madrid una señora que empezó á adelgazar, llegando al lástimoso estado de que al salir el sol no hacía sombra ni se veía cuando pasaba por delante de un espejo; en fin, tenía que hacer uso de una campanilla para anunciar su presencia donde se presentaba.

En cierta ocasion estaba una de sus amigas en la calle hablando con otra, cuando se oyó el sonido de una campanilla.

—¿Qué es eso? ¿Hay algun reo en capilla?—preguntó ésta.

—No—dijo la primera.—Es que se acerca el viático, ó que llega Doña Circuncision.

Al ir á montar á un coche
Paz y Crisanta se vieron,
Y allí charlando estuvieron
Todo un dia y una noche.

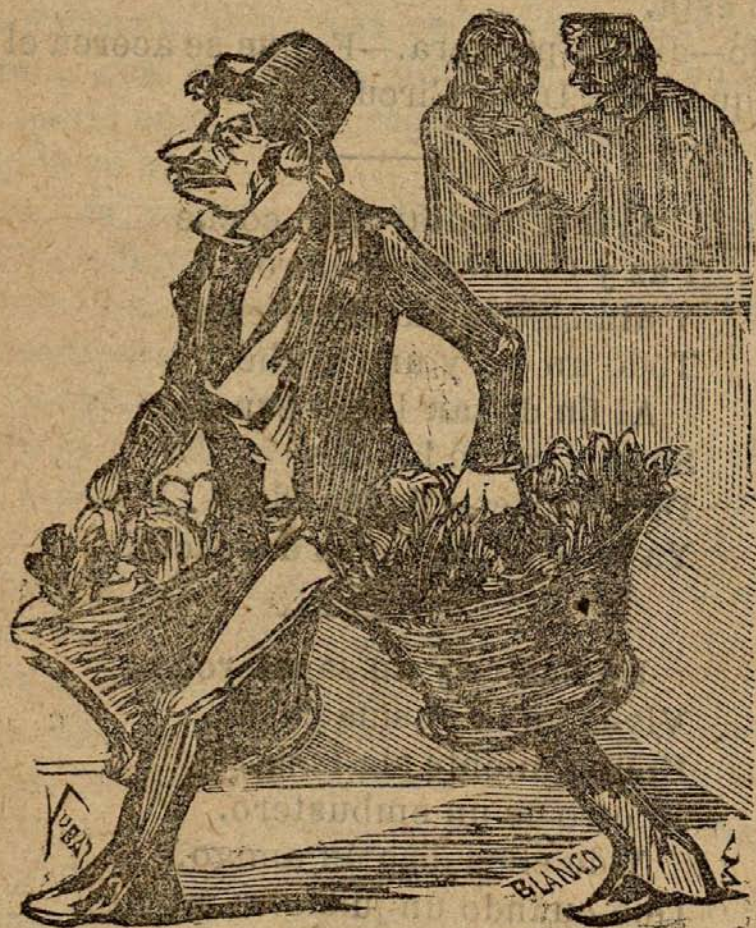
Al fin de tan largo espacio
Se separaron las dos
Diciéndose:—Vaya, adios...
Ya hablaremos más despacio.

Un sastre y un zapatero
Viven en la misma casa ;
El uno miente sin tasa,
El otro es un embustero.

Y de ellos dice un amigo,
Que cuando un juicio se intente,
Entre ambos escasamente
Componen medio testigo.

Llamaron á un pintor para que revocase la fachada de una casa, y despues de puesto el andamio, ántes de que empezasen á pintar, cayó al suelo desde el alero del tejado.

Uno de los oficiales que fué á socorrerle exclamó:
—Vamos, maestro, ya podía Vd. haber dejado eso
para la conclusion de la obra.



—¡Me parece que con tales *notas* en mi carrera,
ya puedo aspirar á la posteridad!

—Mi hijo mayor estudia para médico, y el segun-
do para boticario.

—¿No tiene Vd. otro hijo?

—No, señor.

—¡Es lástima, porque podía Vd. dedicarle á sepul-
turo, y concluiría las obras de los dos hermanos!

No sé qué hacer con los quince mil duros que he heredado de mi tía.

—Dentro de un año no te asaltarán esas dudas.

—¿Por qué?

—Porque te los habrás comido.

—Hombre, por más que me devano los sesos no puedo acordarme del día en que se casaron mis padres.

—Eso consiste en que probablemente no asistieras á la boda.

La vida es una fonda con hospedaje: los que tienen dinero comen, beben y duermen bien; los que no le tienen se contentan con mirar los manjares que hay en el escaparate.

Leo en un periódico que habla de una hermandad religiosa.

«Esta cofradía tiene el privilegio de usar cera verde. En 15... sostuvo un pleito con tal otra cofradía para este objeto...»

¡Un pleito para usar en los actos religiosos cera verde ó blanca!

¡Pero señor! ¡Qué idea tienen formada de Dios algunas gentes!

¿Qué dirían al saber que las ranas del Manzanares habían intentado un proceso contra las lavanderas por ensuciarles el agua?

Una ronda que recorría las calles de una ciudad detuvo una noche á un borracho á quien se encontró en la calle, y al ser conducido á la cárcel iba gritando:

—¡Suéltense Vds., que soy sobrino del Santísimo Sacramento!

—¡Cómo! ¿Qué dice este miserable?

—La verdad; mi padre es hermano, con que deduzcan Vds. el parentesco.

Un cubano que tenía en sus ingenios multitud de negros abogaba por la abolición de la esclavitud, pronunciando notables y furibundos discursos.

—¿Por qué no da Vd. libertad á sus esclavos?—le decían.

—Y qué, ¿creen Vds. que no la tienen?... ¿que no son libres para hacer todo lo que yo les mando? ¡Pues ahí están ellos, que no me dejarán mentir.

Había en Madrid una señora muy aficionada á leer novelas... en compañía del escribiente de su marido, que era un jóven muy apreciable.

El marido no se fijó al pronto en esta circunstancia, así es que la mujer y su dependiente leían mucho y á sus anchas.

Pero ¡ya! debió chocarle, y aun hallar sospechosa

esta afición á la bella literatura, y para observar juego se escondió en una habitación próxima á la que ocupaban aquellos.

—¿En qué quedamos anoche?—preguntó la mujer al escribiente que tenía el libro en la mano, y buscaba la página.

—¡En aquella escena en que el marido sorprende á los culpables, y arroja al amante por la ventana!—exclamó el infeliz esposo, presentándose de improviso, haciendo huir al escribiente y lanzar un grito á la mujer.

Desde entónces ésta se curó de su afición á los clásicos.

—¿Qué hay para almorzar?

—Tajadas de huerta ó fruta de sarten.

—Pues venga, venga esa fruta, porque mi estómago no puede digerir esas tajadas.

Dieron á un hombre un palo en la cabeza por una disputa, abriéndole una brecha de regular tamaño.

Al encontrársele lleno de sangre un amigo suyo le detuvo, preguntándole:

—¿A dónde vas de ese modo?

—A quejarme á un juez—contestó lleno de ira.

—Pues yo creo que harías mejor quejarte á un cirujano.

Un predicador, hablando de la precocidad con que San Pacomio cumplia los preceptos de la religion, dijo que siendo niño de pecho se abstenia de mamar los viérnes de Cuaresma.



—¡No me venga usted con lios,
Y devuélvame el dinero!
—Espérese usted hasta Enero,
Que van á subir los mios.

—¡Señoral! ¡Señoral! ¡El gato quiere suicidarse!

—¿Pero qué es lo que dices?

—Que está comiéndose la carne...

—¿Y se suicida de ese modo? Antes al contrario, procura por su salud.

—Es que yo, para evitar que la cogiese, le habia hecho creer que estaba envenenada.

Dos lindas muchachas cuchicheaban en el sagrado de su tocador, y decia una de ellas:

—¡Chica, los hombres van haciéndose cada dia más imposibles!

—Dices bien—contestó la otra.—Por eso yo me contento nada más que con dos amantes.

—¡Dos solamente! Entónces estarás muy aburrida! Yo en la actualidad estoy capeando á cuatro... y no rechazaré al quinto si se presenta.

CONSEJOS ÚTILES.

Si quieres vestir barato,
No pagues jamás al sastre,
Y saca tela fiada
De casa del comerciante.

Cuando hables con las mujeres
Del estado de tu hacienda,
Si éste es malo, nunca digas
Que estás sin una peseta.

Diviértete lo que puedas,
Y no te prives de nada,
Cuando hay amigos que paguen
Todo aquello que tu gastas.

Cuando te lean un drama
En la fonda, sé galante,
Y dí que es cosa sublime,
Aunque sea detestable.

Escoge para mujer
Una rubia, ó bien morena,
El color es lo de menos
Siendo regular la renta.

Habla mal de tus amigos
Si dinero no te dan;
Mas si acaso te le prestan
No lo devuelvas jamás.

No llesves nunca la contra
A aquel que tiene dinero,
Porque ya sabes que es un
Poderoso caballero.

Si emprendes algun viaje
Procura que sea en burro,
Que aún cuando llegues más tarde,
Llegarás, y más seguro.

Por último, si te ataca
La negra melancolía,
Compras en seguida el AL-
MANAQUE DE LA ALEGRÍA.

Un dentista anunció un elixir para las muelas, diciendo en el prospecto que se empapase un algodón y se aplicase al diente ó muela hasta que desapareciera el dolor.

Compró un frasco una señora haciendo lo que aquél ordenaba; pero el dolor no desaparecía áun cuando estuvo aplicándose el algodón por espacio de veinticuatro horas, al cabo de las cuales se presentó al dentista diciéndole lo que pasaba.

—No se apure Vd., señora, que el dolor desaparecerá más tarde ó más temprano.

—Entonces—exclamó aquella,—diga Vd. que su elixir es para consumir el algodón y la paciencia, y que nada tiene que ver con la dentadura.

Habia en una casa una criada que desde que salia el sol hasta el anochecer estaba cantando:

Eres, eres, eres, eres,
Eres, eres, y serás...

Y no salia de ahí, porque sin duda no sabia la segunda parte del cantar.

Esto, repetido sin interrupcion por espacio de doce horas á voz en grito, era una especie de sinapismo aplicado constantemente á los oídos de la vecindad.

Hasta que un día que la muchacha se entregaba al consabido *eres, eres*, un zapatero que trabajaba en el portal completó el cantar de este modo:

Eres, eres, eres, eres,
Eres, eres, y serás
Entre todas las mujeres
La que me revienta más.

Una señora, á quien molestaba mucho el flato, subia en cierta ocasion la escalera de su casa erutando de una manera ruidosa, y á cada eruto exclamaba:

—¡Castañal

Subia detrás de ella un fraile que iba á visitarla, y que llegó á reunirsele en la misma puerta de la habitacion:

—¡Cómol ¿Está Vd. aquí, padre?—exclamó un tanto avergonzada.

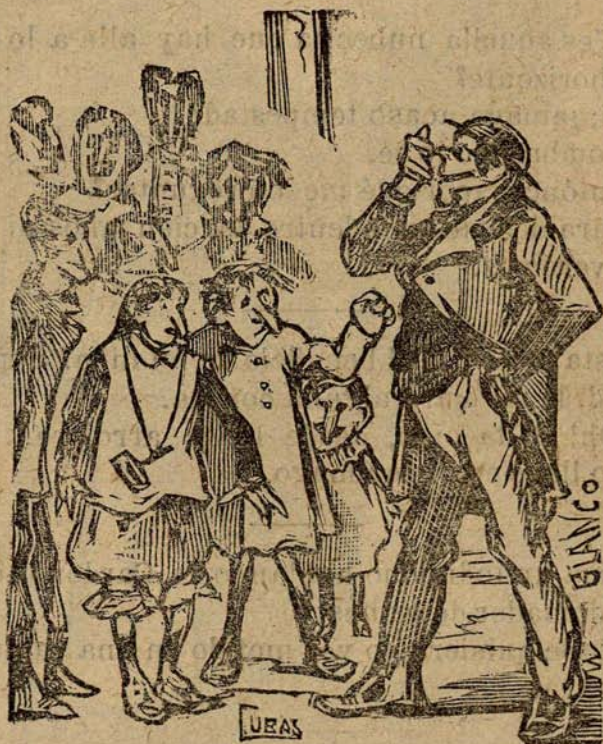
—Sí, señora—contestó el reverendo.—Aquí estoy... desde la primera castaña.

Que come para vivir
Juan, comiendo á su placer,
Dice al que le quiere oír;
Mas yo llego á presumir
Que vive para comer.

Quejábbase un hombre de que le habian estafado ocho mil reales por el nuevo procedimiento cono-

cido con el nombre de *timo de las guitarras*, y un amigo le decía:

—¡Vaya! Todo ello no pasa de una serenata que le sale á Vd. un poco cara.



Un padre á su prole ve
De tantas narices llena,
Que así exclama con gran fé:
—Si cual yo toman rapé
Van á agotar la Tercena.

—¿Qué vas á comprar en la feria?

—Una caballería que necesito: ¿y tú?

—Hombre, yo no sé si traeré caballería... ó infantería.

—¿Ves aquella nubecita que hay allá á lo léjos, en el horizonte?

—Sí; ¿amaga acaso tempestad?

—Hombre, no lo sé.

—Entónces ¿por qué me lo preguntas?

—Para decirte que dentro de cien años ni tú ni yo la veremos.

—Esta noche es el beneficio de mi niña. Supongo que Vd. la arrojará alguna corona.

—¡Oh! Si la oigo, desde luégo arrojaré... todo cuanto lleve en el estómago.

Decía un individuo hablando de Cardono, el célebre domador de leones:

—¡Ya le quisiera yo ver metido en una jaula con mi suegra!

—Tía, ¿á quién va Vd. á dejar su capital cuando se muera?

—A los establecimientos de Beneficencia.

—Espero heredarla, porque para entónces ya estaré en San Bernardino.



—¿A quién acompañas este año á Alhama,
—Al amo.

Decia un tio á su sobrino:

—Yo te he costeado la carrera; ahora es preciso que tú me mantengas.

—¡Oh, si señor!—le contestaba aquél.—Yo le mantendré... en la creencia de que voy á mantenerle.

CHARADA CUARTA.

Prima dos lo hace la hembra;
Dos tres en algunas casas
 Y en los arados lo tienes;
Prima tres lo hay en las cuadras
 Y en el campo; la *segunda*
 Verás tambien en la escala;
 Para componer mi *todo*
 Dos es preciso que haya,
 Y es apellido tambien
 Que muchos timbres alcanza.

Una muchacha soltera tenía relaciones con un hombre casado, y en cierta ocasion decia la madre de la primera á la mujer del segundo:

—Mi hija es de lo más inútil que se conoce: ya ve usted que no ha logrado proporcionarse un marido.

—Eso es efecto, sin duda, de que cuenta con los de sus amigas.

Un boticario estaba jugando al ajedrez en un café próximo, cuando fueron á avisarle que estaba ardiendo su casa.

Pero él, sin interrumpir su ocupación, exclamó:
—Ya he dicho á mis dependientes que tengan cuidado de que el fuego no se propague al pozo; aunque arda lo demás, nada me importa.



Modelo de cesta para vender melones.

Cierto caballero, algo negligente en el pago de sus obligaciones, se encontró en la calle á su sastre, con quien tenía una cuenta regular; iba á echar

por otro lado para librarse de su presencia, cuando le llamó, diciéndole:

—Ayer tuve una disputa por Vd.

—¡Cómo por mí!

—Sí, señor: en una reunion sostenian que Vd. es un tramposo; pero yo tomé su defensa, y para probarles lo contrario, les dije:—Estoy seguro que el primer dia que le encuentre en la calle me paga una cuentecilla que tenemos, sin necesidad de que yo se lo recuerde.

El caballero se echó á reir conociendo la indirecta, y le mandó ir á su casa, donde le satisfizo todo lo que le debia.

—Nadie debe dudar de mi ilustracion—decia un hombre en un corro de amigos.—Y lo prueba el destino que desempeño.

—Pues ¿qué es Vd.?

—Repartidor de *La Ilustracion Española y Americana*.

—Papá; ¿por qué dicen que el sol se pone todas las tardes? ¿Qué es lo que se pone?

—Un gorro de dormir para acostarse.

En unos exámenes de fin de curso preguntaron á un muchacho:

—¿Donde está el Japon?

—En la China—contestó sin vacilar; pero le interrumpió uno de sus compañeros;

—¡Mentira! El Japon está en Recoletos: anoche mismo me llevó mi padre á verle.

—Maestro, haga Vd. de modo que me *chillen* las botas al andar.

—Me libraré muy bien de ello.

—Hombre, ¿por qué?

—Por que me llevarian á la prevencion por escandaloso.

Acostumbraba un hombre á embriagarse todos los dias, sin que recordara haber faltado á esta costumbre desde que tuvo uso de dinero.

Sin embargo, habiendo muerto su mujer creyó prudente y decoroso sacrificarla su aficion durante el novenario.

—¿Qué diria la pobre difunta si me viera de este modo?—exclamaba.

—Creeria que se habia perdido la cosecha—le dijo un amigo,—ó que te habias muerto; porque, francamente, pocas veces habrás dado el escandaloso espectáculo de estar sereno.

—¡Qué felices son los salvajes de Africa!—decia un marido á su mujer, que acababa de presentarle la cuenta de la modista.

A lo que aquella le replicó:

—¡Pues creo que no tengas nada que envidiarles!

Cuando veo al diablo, á quien todos los pintores representan con un par de cuernos descomunales, no puedo menos de sospechar que en los tiempos del Génesis los cuernos debían ser un signo de hermosura, toda vez que al verse tan hermoso indujo á Satanás á la rebelion.

Camilo compró unas botas
 A no sé que zapalero,
 Y despues de un año entero
 Notó que ya estaban rotas.
 En su gran indignacion
 Así exclamó el desdichado:
 —¡Luégo dicen que el calzado
 Es de mucha duracion!

—Bebióse un hombre en Jeréz
 Una arroba hasta las heces
 De rico vino.

—¡Pardiez!
 ¿Se la bebió de una vez?
 —No, señor; de ochenta veces.

Cierta señora asegura que si se sujetara á un impuesto á los imbéciles, su marido sería de los primeros contribuyentes.

—¡Ah!—exclamaba una amiga suya.—Eso lo dice por haberse casado con ella.

—Mi hija lleva para comer.

—Pues ya podia Vd. darla para cenar, y yo me encargaria del chocolate para que ella no lo pusiera todo.



—El marido cobra del presupuesto.

—¿Y ella?

—¡Vaya! ¡Tambien!

—¡Es atroz cómo se gasta el dinero [en] este Madrid! ¡Hace poco he cambiado un real, y ya no tengo más que veinticuatro céntimos!

—Amigo mio, cuando vaya Vd. á estornudar haga el favor de avisarme.

—¿Para qué?

—Para abrir el paraguas.

A un hombre comido por la miseria decia uno de sus amigos:

—Hombre, pues si estás tan mal, ¿cómo mantienes tantas cabezas de ganado?

De un hombre sumamente hablador decia un sujeto.

—Sólo cuando duerme está callado.

—¡Ni aún durmiendo—replicó su esposa,—porque sueña en voz alta.

Antiguamente inspiraban tan serios temores los riesgos de un viaje, que las gentes se confesaban ántes de emprender alguno.

Hoy no se confiesan... pero se estrellan con frecuencia.

—Mi hijo es un gran matemático: ha descubierto el movimiento continuo.

—¿Y en qué consiste el aparato?

—En una serie de varas de fresno que agita sobre las espaldas de su mujer.

Entró en una reunion una señora de un feo tan subido, que junto á ella hubiera pasado por uu Adonis el sombrío campanero de *Nuestra Señora de París*. Al verla no pudo ménos de exclamar uno de los tertulios, dirigiéndose al dueño de la casa:

—Si es cierto que no hay quince años feos, esa señora no debe haberlos cumplido todavía.

—¡Pero hombre, si está cayéndose de viejal

—Entónces habrá saltado desde los catorce á los diez y seis.

Viendo una Concepcion de Murillo decia un jóven que la echaba de inteligente.

—Muy bien hecha, sí, pero... esos ojos no tienen expresion.

—¡Pero hombre!—le dijo el dueño del cuadro,—¿usted cree que Murillo daba expresiones á sus Virgenes, lo mismo que Vd. y yo cuando nos despedimos de un amigo?

—¿Qué es un calvo con peluca?

—Un hombre que estando en Santander puede hacerse peinar en Madrid.

Un carbonero tenía por criado á un negro, el cual llevaba el carbon á las casas.

En cierta ocasion le dijo una señora al dueño del almacén:

—Cuando ese muchacho lleve carbon á casa haga usted el favor de vestirle de blanco, porque hace pocos dias mi muchacha quiso matarle en la carbonera tomándole por un tizo.

Dos amigos que se querian entrañablemente vivian juntos. Un dia le dijo el uno al otro:

—Puesto que nuestros bienes son comunes, dame la mitad de ese duro que posees.

—Es muy justo; pero pídemelo otra cosa cualquiera, y dispensa que no te dé un céntimo, porque yo no creo que veinte reales sean un bien.

Cuando las fiestas del Centenario de Calderon rogaban á una señora, que vivia en un pueblo algo lejano, para que viniese á la corte á fin de ver lo que probablemente no habia visto nunca; pero ella se excusaba diciendo:

—No, no, ya iré cuando se celebre otro centenario.

—¿Cuánto vale ese canario?

—Cinco duros.

—Es caro.

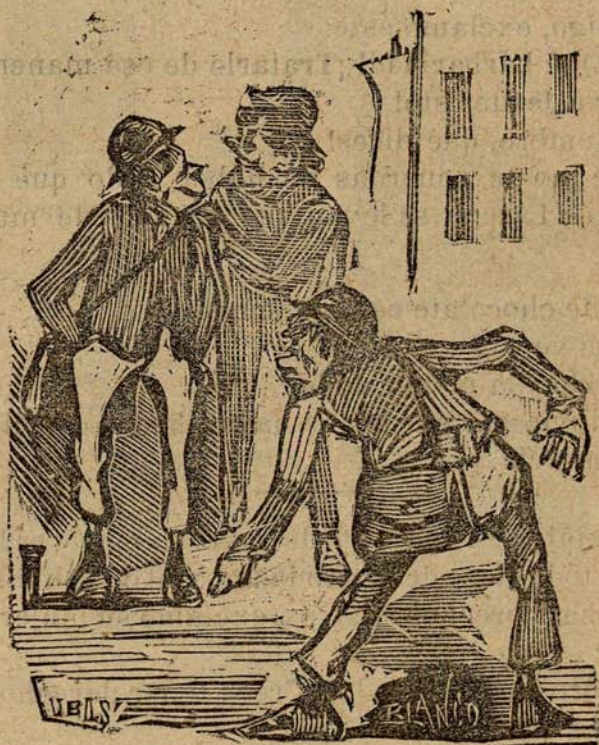
—Advierto á Vd. que va incluida la jaula.

—¿Para que la necesito? ¿Ó cree Vd. que me la voy á comer con arroz?

—Papá, cuando se muera nuestro criado su alma
irá á parar á una cacharrería.

—¿Por qué dices eso, imbécil?

—Porque siempre que riñe Vd. con él le llama
alma de cántaro.



¡Oh, jóvenes amables,
Que en vuestros tiernos años
Abandonais la escuela
Para jugar los cuartos!...

Dice una patrona:

—Mi casa, por lo tranquila, es un cementerio.
Y en efecto, allí no se ven más que sombras.

A un jóven le echaron de una partida de juego por haber levantado un muerto, y diciéndoselo á un amigo, exclamó éste:

—¡Qué barbaridad! ¡Tratarle de esa manera por imitar á Jesús-cristo!

—¡Hombre, qué dices!

—Sí; ¿no te acuerdas de haber leído que Jesus hizo que Lázaro se levantase despues de muerto?

—Este chocolate está quemado.

—¿De veras?

—No hay la menor duda.

—Entónces... puede que hayan hecho con él alguna injusticia.

Quejábase un cesante de pasar hambre, sed, frio, en fin, toda clase de penalidades, y al oirle hablar un dia de sus derechos pasivos, exclamó su mujer llena de ira:

—¡Pero desventurado! ¿Crees tener derecho á pasar más todavía?...

El dueño de un perro á quien acababan de dar la morcilla municipal, entró con él en una tienda de ultramarinos para administrarle una dósis de aceite. Una vieja, que presenciaba la operacion, exclamó:

—Pero, hombre, ¡no ve Vd. que el animal va á provocar!

—¡Cómo!—la contestó el del perro.—¿Pues cree usted que estoy echándole aceite para ponerle una lamparilla?



—¿Qué me va á decir mi tia
Al saber...? ¡Rayos y truenos!
—Dirá que del mal el ménos,
Porque aún estaba vacía.

Decía un chico en la escuela, poniendo al maestro en las interioridades de su casa:

—Mi padre se viste de mujer.

—¡De mujer! ¿Tú le has visto?

—No, señor; pero mi madre dice que todas las noches viene con la *papalina*.

En Noche-Buena, con pena
Dí una paliza á mi Gala,
La cual dijo, de ira llena:
—¡Como ha de ser noche buena
Para mí noche tan mala!

Una mujer cayó á un pozo
Que habia al pié de un castaño,
Y al sacarla dijo un mozo:
—¿Qué tal la ha sentado el baño?

Disputaba un matrimonio
Tan sólo por un vocablo;
Él, que era un pobre bolonio,
Llamaba demonio al diablo,
Llamándole ella demonio.

Tras de palabras muy duras,
Se sentaron las costuras
Con extraordinaria fé...
Y todo, vamos, ¿por qué?
Solamente por *diabluras*.



—¿Estoy bien así?
 —Perfectamente: va usted á llevar el retrato
 de... (la Tarasca del *Corpus*.)

—Esposa mia, ¿qué quieres que haga para evitarte el aburrimiento?

—Dejarme sola.

—Lo estaba deseando; así podré entenderme con Pilar.

—Al verle salir, subirá mi primo.

Un jóven pugnaba en *Capellanes* porque la pareja con quien habia estado bailando se quitase la careta; ella se resistia, hasta que por último le dijo:

—Pues bien, te daré ese gusto despues de cenar.

—¡Cenar!—exclamó él levántandose.—¿Pero no sabes que hoy es dia de ayuno?

En un dia de gran nevada resbaló un hombre en la calle, cayendo cuan largo era; acercósele otro que pasaba á la sazón, y al tenderle la mano cayó tambien.

Entónces el primero, montando en ira, exclamó:

—¿Quiere Vd. burlarse de mí?

En una de las fondas de San Sebastian, durante la temporada de verano, habia un caballero que estaba hablando continuamente de los prodigios que sabia hacer en materia de natacion; pero no consentia nunca dar una muestra de ellos, por más que le instaban, disculpándose con toda clase de pretextos.

Una tarde que paseaban por la orilla del mar,

uno de sus compañeros de fonda, queriendo ver aquellos prodigios, le arrojó al agua dándole un fuerte envite.

El pobre hombre, que nadaba lo mismo que un plomo, empezó á pedir auxilio con gritos angustiosos siempre que el vaivén de las olas le permitian sacar la cabeza; pero sus amigos creían que aquello era fingido para asustarles.

Por último, viéndole desaparecer, y empezando á comprender la verdad, se arrojó uno al agua, sacándole á poco medio moribundo.

—¿Y es eso todo lo que Vd. sabe hacer?—le dijeron luego que se le hubo pasado el susto.

Pero él, queriendo mantener lo dicho, exclamó:

—¡Diablo! Pues si Vd. no me saca del agua tan noportunamente, á estas horas estoy tomando café en Santander.

—La cuestion de Oriente preocupa hoy á toda la diplomacia europea; la Puerta tiene exigencias ridiculas.

—No comprendo qué exigencias puede tener una puerta... como no sea que la pongan un picaporte, y que la abran y la cierren cuando sea necesario.

Hace pocos dias me encontré en la calle á un amigo que tiene la desgracia de ser ciego, y al preguntarle que á dónde iba, me contestó muy formal:

—Voy á ver á mi zapatero.—Sin comprender que los ciegos no pueden usar ciertas locuciones.

Un viejo exclamó, viendo la Exposición pedagógica:

—Esto no está completo; entre los varios sistemas de enseñanza falta uno, de que se hacía mucho uso en mis tiempos.

—¿Cuál?—le preguntaron.

—La caña y la palmeta.

—¿Ha estado Vd. en el Congreso?

—No, señor.

—El diputado X... ha hecho declaraciones importantes.

—¡Ah!... sí; como es jóven se habrá declarado á alguna muchacha.

—Arturo se casa con una muchacha pobre.

—Sí, pero hace negocio, porque ella tiene un tío con veinte millones de capital.

—Pues lo que Arturo debia de hacer era casarse con el tío.

Un jóven estaba al pié de la reja de un piso bajo, donde vivia la señora de sus pensamientos, cantando á la guitarra las más apasionadas endechas. Fastidiado un vecino, que debia ser poco amante de la música, se asomó al balcon diciendo:

—¿Pero qué hace Vd. ahí?

—Ésperar que salga Soledad.

—Pues espera Vd. en vano, porque ha salido esta mañana... para el cementerio.

Un avaro perdió en cierta ocasion una moneda de cinco céntimos, y andaba desasosegado sin saber cómo anunciarla en los periódicos, puesto que el anuncio valia más que la cantidad extraviada. Consultando el caso con un amigo, éste le dijo:

—No veo más que un medio de conseguir el resultado.

—¿Cuál?

—Pierda Vd. una cartera llena de billetes de Banco, y de paso anuncia Vd. la pérdida de sus cinco céntimos.

—Señora, vengo á solicitar la mano de Conchita.

—No pienso concedérsela más que á un hombre que sea rico.

—Pues bien, yo me llamo Rico de apellido; nací en Puerto-Rico; tengo parientes en Oro taba, y hago *plata*-bandas, como jardinero que soy: ¿me quiere usted más rico todavía?

Cierto individuo que no queria ser molestado por nadie, ordenó á su criada que le negase cuando alguien preguntara por él. Habiendo enfermado aquella tarde fué preciso avisar al médico; presentóse éste, pero la criada, fiel á las instrucciones recibidas, dijo que no se hallaba en casa.

—¡Pero si hace un momento que han ido á buscarme de su parte diciéndome que estaba enfermo!— exclamó el Galeno sorprendido.

—Pues bien, ahí tiene Vd. una prueba de que es

verdad lo que digo; porque si está *en-fermo*, ¿cómo quiere Vd. que esté en su casa al mismo tiempo?



—Mire usted, todas sus exigencias se reducen á un café con media tostada.

Avisaron á un sacerdote para que prestase los auxilios espirituales á una moribunda; pero equivocándose de cuarto entró en casa de una señora que habia mandado llamar á un pedicuro, y que se hallaba en la cama á la sazón.

—¿Vamos, está Vd. preparada?—la dijo aquél.

—¿Para qué?—preguntó la señora sorprendida.

—Para hacer la confesión de sus culpas.

—¡Cómol! ¿Pues es tan grave el caso que haya precision de confesar para que me corten los callos?

Falleció un hombre que habia vivido en el mundo de una manera tan ejemplar é irreprochable, que todos afirmaban que habia muerto en olor de santidad.

Estando de cuerpo presente empezó á descomponerse el cadáver, haciendo exclamar á uno de los amigos del difunto:

—¡Pardiez! ¡Si huelen así los que mueren en olor de santidad, que pasará con aquellos que se condenan!

—Si el marido paga las cuentas de la modista, la mujer debe pagar las del sastre.

—Pero como el dinero de la segunda es del primero, resulta que el hombre siempre es el pagano.

Dice el poeta Lidoro
 Que el pelo de su mujer
 Vale muy bien un tesoro,
 Porque es de finísimo oro.
 ¡Y no tiene que comer!

Estaba leyendo *Nana*
 Una émula de la Nena,
 Y la decia á su hermana:
 —Si viene á buscarme Elena,
 Dila que vuelva mañana.

Un jóven que hacía poco tiempo habia comprado un reló, se encontró en la calle al relojero y le dijo:
 —¡No sé qué diablos tiene que se pára á lo mejor!
 Pasaba á la sazón un caco, y tentado por el valor del reló, le echó mano y apretó á correr, á tiempo que el relojero decia:
 —¿Se atreverá Vd. á decir ahora que el reló se pára? Pues yo veo que anda... ¡y bien de prisa!

Decia un célebre gastrónomo:
 —No comprendo que pongan la *carne* entre los enemigos del alma, cuando es un manjar tan apetitoso y de tanto provecho para la economía animal.

—Voy á comprar una butaca para ver *Las mil y una noches*.
 —¡Mil y una!... Pues yo creo que sería más oportuno que comprases una cama.

Un orador, republicano furibundo, decia en un club:
 —La teoría del *derecho* divino de los reyes queda-

rá destruida por completo el día en que haya en Europa un rey jorobado.

¿Dónde reside la soberanía nacional?

—Lo ignoro; no se me ha ocurrido nunca ir á su casa.



Lleva al mismo tiempo el carruaje á Recoletos y los chicos á la escuela.

Dos jóvenes próximos á casarse salieron una mañana para comprar el menaje necesario á una casa. Al pasar por una peluquería la novia se detuvo, manifestando deseos de comprar un añadido; pero el novio exclamó, queriendo disuadirla:

—¡Un añadido! Pero mujer, ¿crees que vamos á alquilar una habitacion de poco pelo?

Un marido muy jugador y enamorado decia en una reunion de amigos, hablando de sus viajes:

—He naufragado en el *Golfo de las Damas*.

—No lo dudamos—le contestaron unánimes.—Estas te han hecho perder la salud, y aquél el dinero.

—¿Cómo haria yo para sacar dinero á mi tio?

—Dile que te has muerto.

—¡Pero si se lo digo yo no lo creerá.

—Ciertamente... Escríbele.

—Conocerá la letra.

—Pues entónces... mándaselo á decir por el telégrafo.

Es muy frecuente leer en los periódicos que una máquina ha cogido entre el engranaje de sus ruedas á un operario, ó á un niño, ó á una muchacha... y hasta un perro. Todavía no se ha dado el caso de que coja una suegra.

Una mujer:

—El hombre muda de estado sólo por egoismo.

Un hombre:

—Cuando pasa de casado á viudo; no cuando está libre y se deja amarrar en la Vicaría.

Un viejo que veia ya muy poco, hacia que todas las noches le leyera un nieto suyo *La Correspondencia*.

Al oir que se habian declarado sucias las procedencias del Japon por haberse presentado algunos casos de cólera, exclamó:

—Pero ¿no hay alli jabon y agua para que puedan lavar sus procedencias?

Durante una furiosa tempestad que estalló en el término de un pueblo, decia un padre para atemorizar á sus hijos:

—Esa es la cólera de Dios, que descarga sobre los que no creen en él.

Al poco rato se extendió la voz de que la iglesia estaba ardiendo á consecuencia de una chispa eléctrica que habia caido en la torre.

Entónces á uno de los muchachos se le ocurrió preguntar á su padre:

—¿Cómo esa chispa ha caido en la casa de Dios y no en la del tio Lino, que es ateo y no cree en él?

—¡Ay, hijo mio, las exhalaciones no caen en las casas de los ateos cuando tienen un pararrayos!

—Mi hijo es tan tímido, que ni áun en presencia de su mujer se atreve á levantar los ojos del suelo.

—Es verdad; hasta ahora, segun dicen, sólo se ha atrevido á levantarle la mano.



—¡Vamos al Puerto á beber Manzanilla!

—¡Ez ozté el hombre máz barbian!... (y máz primo.)

—¿Qué llevas ahí?

—Un frasco de tinta.

—¿Segun eso, tienes mucho que trabajar?

—Sí; voy á escribir un tratado sobre las costuras de mi levita.

Un muchacho robó á su padre una cadena de oro; despues de inútiles gestiones y de haber despedido á todos los criados, se la encontró, por último, en poder de la aprovechada criatura.

Entónces mirándole con lástima exclamó:

—¡Ay, hijo mio! ¡Recelo que algun dia lleves en el pié lo que hace poco llevabas en el bolsillo!

He conocido á un hombre tan poco cuidadoso del aseo de su persona, que no recordaba haberse lavado nunca, lo que me hacía presumir que su piel, á fuerza de roña, estaria ya tan dura como la de los paquidermos.

Un dia me le encontré en la calle y me dijo:

—¿Quieres algo para San Sebastian?

—Qué es eso, ¿te llama alli algun negocio?

—No; es que á consecuencia de una enfermedad, el médico me ha recetado los baños.

—Pues en cuanto se aperciban de ello en San Sebastian, no queda un bañista para un remedio.

—¿Por qué?—me preguntó asombrado.

—Porque les vas á ensuciar el agua.

Viendo jugar al ajedrez á un inglés y un aleman, decia un andaluz á un amigo:

—Mira, si mañana tú ó yo saliéramos para dar la vuelta al mundo, aún llegaríamos á tiempo de verlos concluir la partida.

Encontráronse en la calle dos amigos, y preguntando el uno al otro por su familia empezó á decir el último:

—Tiene mi niña Juana...

Aquél al oírle se alejaba rápidamente sin concluir, hasta que interrogado por su amigo, exclamó:

—Creí que iba Vd. á cantar la tonada de *Picio, Adan y Compañía*, y á mí me revienta la música.

—No, hombre; es que mi Juana tiene un tumor...

—¡Pues más vale así!

—La constancia es uno de los principales elementos que aseguran el éxito en cualquier empresa.

—Tiene Vd. razon... ¡Si me prestase un duro!

—¡Hombre, siempre está Vd. pidiéndome!

—Por eso... porque yo tambien soy muy amigo de la constancia.

—Lot debió comerse á su mujer.

—¿Por qué?

—Porque quedando convertida en estatua de sal, usaria de ella en la ensalada.

Un cura, muy poco feliz en sus elucubraciones religiosas, á quien habian encargado que predicase sobre las glorias de San Antonio de Padua, decia:

Los peces salían de entre las aguas para oír al santo cuando predicaba.

—¡Qué diferencia de tiempos!—exclamó uno de los asistentes.—Hoy se arrojaría uno de cabeza al mar para no oír á este buen señor.



—Tendremos que echarnos á la calle...

—Sí, señor; á dar *sablazos*.

Hace algunos años anunció un periódico de noticias la venta de una partida de chorizos en una sastrería:

—¡Pardiez!—exclamaba un amigo mio.—En esa casa no se atreverá uno á mandarse hacer un traje por miedo de que se le forren con chorizos, ni á pedir chorizos temiendo que estén embutidos con paño.

Una señora al levantarse una mañana se miró al espejo, y al ver unas manchas azuladas sobre la piel empezó á dar gritos muy asustada, diciendo á la muchacha que fuese á avisar al médico.

—¡Cómo, señora! Por esas manchas incomodarle!

—¡Dios sabe lo que ocasionarán!

—Nada absolutamente: verá Vd. cómo yo las hago desaparecer con estropajo y un poco de tierra de Segovia.

—Nada turba tanto el sueño de un hombre como las voces de su conciencia cuando no ha obrado bien.

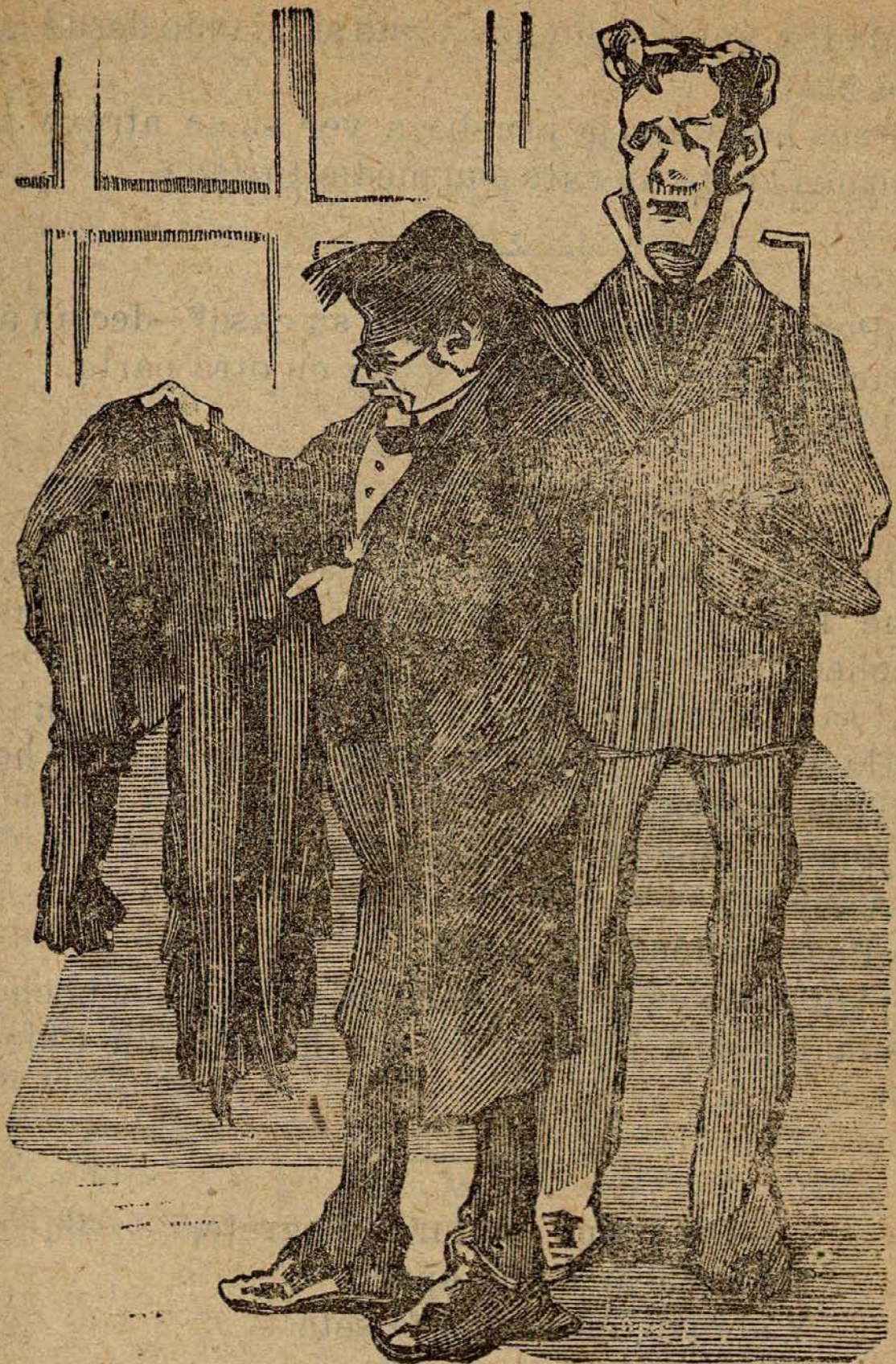
—Entónces los que sean sordos dormirán á pierna suelta.

Un sargento andaluz decia á los quintos en la instruccion:

—Vamoz, portarze bien muchachoz, que con er tiempo yegareiz á zer generalz.

—¿Con qué tiempo?—le preguntó uno de ellos.

—Puez... con er tiempo perdió.



—No podemos dar por él arriba de treinta céntimos.

—Más me he gastado yo en tinta para las costuras.

—Madre, aquel pollo nos viene siguiendo desde la Plaza Mayor.

—Pues hagamos la prueba á ver si se atreve á seguirnos hasta un café con media tostada.

—¿Por qué no se afeita Vd. en su casa?—decían á un barbero, que siempre lo hacía en otra parte.

—Por no sangrarme.

Un viajero pasó la noche en una posada de Avila; noche fatal en la que le tuvieron desvelado las chinches.

Al saludarle el ventero por la mañana, le dijo:

—Hasta ahora no me he apercebido de que he equivocado el camino.

—¿Pues á dónde se dirigia Vd.

—A Avila.

—¿Pues en dónde estamos.

—¡Ahl! ¿Esto es Avila? ¡Pardiez! Pues esta noche pasada hubiera jurado que me hallaba en Chinchon.

—Préstame un duro, Negrete,
Me sacarás de un apuro.

Y el otro, en voz de falsete

Dijo, dándole un cachete:

—Toma. ¿Le quieres más duro?

Dos jóvenes cuestionaban sobre historia, y el uno de ellos decía:

—Felipe IV fué un rey... un rey...

—Sí—le interrumpió el otro,—un rey que no llegó á valer nunca más que dos ochavos.

—¿A dónde crees que irá mi alma cuando yo me muera?

—Probablemente al infierno, al sitio destinado á los de aquellos que han pasado su vida dando *sablazos* á sus amigos.

Encargaron á un pintor un cuadro que representase la Santísima Trinidad, y queriendo dar una forma nueva al asunto, pintó un hombre azotando á un muchacho que tenía en la mano una paloma medio muerta.

—¿Pero qué es esto?—le preguntó el que había hecho el encargo, admirado de la *originalidad* del pensamiento.

—¡Bien claro está el asunto!—contestó el pintor.—El Padre azotando al Hijo porque ha matado al Espíritu Santo.

Para solemnizar dignamente el día de su casamiento, dispuso el novio que se lidiara un novillo por la tarde y se quemasen por la noche varios fuegos artificiales.

Viendo entre estos una figura sospechosa y de aspecto desagradable, preguntó al pirotécnico:

—¿Qué diablos es eso?

—El cuerno de la abundancia—contestó aquél.

—¡Pardiez!—dijo.—¡Cuernos por la tarde y cuernos por la noche... Me parecen demasiados cuernos para la boda de un hombre honrado.

En el alumbramiento de una mujer, cuyo marido era sumamente pedigüño, viendo el cirujano que la criatura asomaba una mano, exclamó:

—No puede negar la casta: aún no ha venido al mundo y ya alarga la mano para pedir, como su padre.

Una mujer hizo natillas para solemnizar el santo de su marido, y guardó la fuente en una alhacena que tenía un enrejado de alambre: uno de sus hijos introdujo una paja algo gruesa y empezó á sorber, dando fin con la golosina.

Al llegar la hora de comer se encontraron la fuente vacía, y no tardó el marido en dar con el medio de que se había valido el ladrón para regalarle.

—¡Con una pajal—exclamó la mujer. ¡Es imposible!

—¿Por qué?

—Porque del mismo modo se hubiera comido un lechoncillo que guardé en el mismo sitio, y ya ves que está intacto.

—A mí no me hace falta reló para saber la hora—
decia un hombre del campo.—El sol me lo dice siem-
pre que se lo pregunto.

—¿Y cuándo está nublado?—le dijeron.

Pero él salió del apuro, exclamando:

—¡Toma, cuando está nublado no necesito saber
la hora!



—Ha dicho que no le esperes.

—¡Qué importa! Ya no tiene una peseta.

En los pueblos hay la perniciosa costumbre de tocar las campanas cuando descarga una tempestad, lo cual ocasiona el desprendimiento de las chispas eléctricas sobre las torres.

Durante una tormenta, un viajero que estaba á la puerta de una posada preguntó al dueño de la misma:

—¿A qué tocan?

—A *nublado*—contestó.

—¡Pues bien podia el campanero ahorrarse ese trabajo, porque por fuerza ha de estar nublado cuando llueve á cántaros!

Queriendo un padre morigerar las costumbres algo desarregladas de su hijo, ordenó que no se le abriera la puerta de su casa la noche que se retirase despues de las doce; y en efecto, le hizo pasar más de una en la calle.

En cierta ocasion fué el padre al teatro; el jóven se retiró temprano, y resolvió esperarle en la ventana, ordenando al criado que se acostase.

A las doce y media llamaba aquél á la puerta.

—¿Qué quiere Vd.?—le preguntó el muchacho.

—Vamos, abre: ¿no me conoces?

—Sí, señor; pero como Vd. ha dicho que despues de las doce no se abre la puerta á nadie, yo no puedo contravenir sus órdenes: con que buenas noches.

Y retirándose de la ventana, le hizo pasar la noche al sereno.

Decía una mujer casada:

—Cuando los hombres se hacen devotos de San Benito Palermo, suelen llevar las mujeres sus oraciones en las costillas.



Familia de Candelario
Que aún permanece en la corte
Esperando un centenario.

Un cesante pasó diez años seguidos pretendiendo un destino, teniendo la desgracia de morir el mismo día que se le concedían. Cuando le llevó el portero la credencial estaba de cuerpo presente.

—¡Ah! ¿Qué es esto?—exclamó.

—Nada—dijo la viuda.—Que mi pobre esposo acaba de presentar la dimisión.

—Y su esposo de Vd. ¿sigue dándole tantos disgustos?

—No, señor; ya ha sentado la cabeza.

—¿Sí?

—Se ha muerto.

Un borracho preguntó á un mozo de cuerda:

—¿Voy bien por aquí á la calle del Desengaño?

—¡Que ha de ir Vd. bien, hombre, si apenas puede tenerse en pié!

Si un ciego ofende á otro ciego,
Como ciegos ambos son
No podrán darse ahora ó luégo
Ninguna satisfaccion.

Deduzco la consecuencia
De un hecho tan capital,
Que el honor es en conciencia
Cuestion de ver bien ó mal.

Desafiáronse dos individuos á pistola, y uno de ellos, al dar sus instrucciones á su padrino, le dijo:

—Disponga Vd. la cosa de modo que nos tiremos á la distancia de media legua.

—¡Pero hombre, así es imposible que se vean ustedes!

—Es que llevamos cada uno unos gemelos de teatro.

Un poeta muy malo dedicó á un personaje un tomo de poesías casi tan malas como el autor, poniendo en la dedicatoria: «en prueba de afecto.»

—De afecto á tu médico—decía un amigo del *agraciado*.

—¿Por qué?

—Porque en el momento en que leas ese libro vas á caer enfermo de gravedad.

Al atravesar el Guadalquivir en una barca cierto individuo, se inclinó tanto sobre la borda que cayó al agua de cabeza.

Desde entónces cuando rezaba el Padre-Nuestro, en vez de «no nos dejes caer en la tentacion,» decía: «Y no nos dejes caer en el Guadalquivir.»

Un médico se encuentra á una señora en la calle y la dice:

—¿Como va de salud?

—Perfectamente, doctor.

—Lo siento.

—¡Cómol ¡Pues me gusta!

—¿Pero no comprende Vd., señora, que la salud de la humanidad es la dolencia de los médicos?



—Voy á hacer una informacion de pobreza...

—Pues no tiene usted más que presentar su persona.

Un hombre, agraciado con el premio grande de la lotería de Navidad, encargó á un arquitecto el

plano de una casa de recreo que pensaba construirse.

Al poco tiempo, el cajero de una sociedad donde habia colocado sus fondos huyó, dejándole sin una peseta.

Cuando el arquitecto le entregó el plano, decia sin cesar de contemplarle:

—¡Qué lástima! ¡Qué lástima!

—¡Cómo! ¿Ve Vd. ahí algun defecto?

—No: quiero decir, que qué lástima en vez de esto no le encargase á Vd. el plano de San Bernardino para ir tomando cariño al edificio.

De un jorobado harto ruin,
Concejal de un municipio,
Solia decir Crispin:

—Hombre con tan mal principio
No puedé tener buen fin.

—¿Qué hace tu esposa Bárbara?

—¿Qué quieres que haga? ¡Barbaridades!

En el duelo de un hombre sumamente pródigo y maniroto decia un amigo del difunto:

—¡Pobre Tomás! ¡Cuántas bromas hemos corrido juntos cuando era cabo de gastadores de la Milicia!

—¡Cabot!—exclamó su mujer.—¡Diga Vd. que era general de gastadores, porque no habia hombre que gastase más que ese desventurado!

—¿Vive en esta casa D. Fabian?

—¡Casi, casi!

—¿Cómo es eso? ¿Vive ó no vive?

—Hombre, hace poco estaba en la agonía.

—Deme Vd. una libra de fresa.

—¿La quiere Vd. con hueso ó sin él?

—Pues qué, ¿la fresa le tiene?

—No, señor; por eso le hago la pregunta, porque si Vd. la quisiera con hueso, yo no podría dársela.

Doña Petra es una de las mujeres más habladoras que hay en la tierra: ninguna de sus amigas recuerda haberla visto callada por espacio de cinco minutos; al mismo tiempo es la trompeta de la fama para publicar los defectos de los demás.

Hace poco se encontró á una amiga en la calle, y hablando de su marido la decia:

—Es un hombre tan terco que si se empeñase en hacer hablar á un burro lo conseguiria.

—No lo dudo—contestó su interlocutora.—Lo que no logrará nunca aunque se lo proponga es hacerla callar á Vd.

—Voy á dar á Vd. una prueba de confianza pidiéndole un duro.

—Hombre, ¿y á eso llama Vd. *dar*?

Un gitano vendia una mula preñada.

—Pues qué, ¿paren las mulas?—preguntó uno acercándose con curiosidad.—Hasta ahora nadie lo ha visto.

—Es que las mulas—contestó aquél—son animales muy vergonzosos y paren de incógnito.

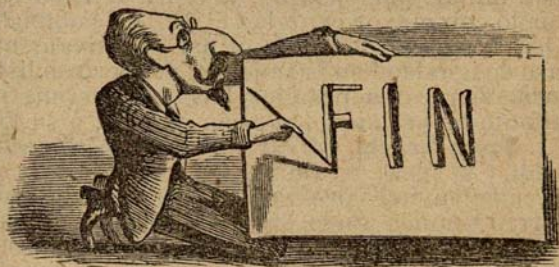
SOLUCION Á LAS CHARADAS.

Primera.—MATADERO.

Segunda.—PALETA.

Tercera.—MORETO.

Cuarta.—PAREJA.



ALMANAQUE DE LA ALEGRÍA PARA 1883.

Agradecida esta Empresa á la gran acogida que todos los años dispensa el público á este *Almanaque*, ha determinado en el presente año hacer un regalo de **2 500 reales** entre los compradores de los mismos en esta forma:

Los 2.500 reales serán repartidos en 38 lotes, sorteados en la Lotería Nacional, última extracción del mes de Enero de 1883, á que pertenece este *Almanaque*.

1.º Un regalo de 200 reales para el que tenga el número igual al agraciado con el premio mayor.

2.º Otro idem de 120 reales para idem id. con el segundo premio.

3.º Otro idem de 100 reales para idem id. con el tercer premio

4.º Dos aproximaciones de 50 reales cada una para el número anterior y posterior al premio mayor.

5.º Treinta y tres regalos de á 60 reales cada uno para el que tenga el número igual al mayor premio en cada millar; por ejemplo, si del 1 al 1.000 sale premiado con mayor cantidad el 320, éste obtendrá uno de los regalos de 60 rs., y así sucesivamente. En caso de igualdad en premios, el primero en lista.

Para cobrar los premios bastará presentarse con el número premiado, si es en Madrid, á su Editor, **D. Jesus Gracia, Olivar, 6, principal derecha, Madrid**; y si fuese de fuera, remitiendo el *Almanaque* con el número premiado en carta certificado, y á correo seguido se le girará el importe del premio que le haya correspondido y se le mandará otro nuevo *Almanaque*.—Los números premiados caducan al año de haberse celebrado el sorteo.

(Véase el número estampado en la cubierta de este *Almanaque*.)

NOTA. El que compre este *Almanaque* pasado el día de haberse hecho el sorteo de la extracción en que han de sortearse estos regalos, no tendrá opción á los mismos.

OTRA. El que compre el *Almanaque* sin llevar número en la cubierta, no tendrá derecho á reclamacion